

Alicia Carmen Marchant Rivera: *María Josefa Bahamonde. Una calígrafa española del siglo XVIII y su Arte para aprender a escribir brevemente la letra bastarda española*. Madrid, Dykinson, 2024. 127 pp.

Claudia Fernández Chevalier

Universidad de Málaga ✉

<https://dx.doi.org/10.5209/docu.102634>

La obra titulada *María Josefa Bahamonde. Una calígrafa española del siglo XVIII y su Arte para aprender a escribir brevemente la letra bastarda española* es la última publicación monográfica de Alicia Marchant Rivera, catedrática de Ciencias y Técnicas Historiográficas en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Málaga y miembro del Consejo de Dirección del Instituto Universitario de Investigación de Género e Igualdad de la misma universidad (IGUMA).

El objetivo de esta obra es la visibilización de la labor caligráfica de su protagonista, María Josefa Bahamonde, destacada discípula de Francisco Javier de Santiago Palomares (reconocido paleógrafo y maestro de caligrafía del siglo XVIII). El volumen se divide en siete capítulos más un octavo, que ofrece la reproducción facsimilar del manuscrito de María Josefa Bahamonde *Arte para aprender a escribir brevemente la letra bastarda española*. Todo ello vehiculado a través de un contexto propio: la lectoescritura en la España del siglo XVIII. Recorrido a través del cual la autora aborda con mayor abundancia la vida y trayectoria de Palomares, así como trazas de un compendio de maestros calígrafos como Sevidori, Torío De La Riva y Mariano Cardera (siglos XVIII Y XIX, algunos maestros de María Josefa) o Emilio Cortarelo, Lucio Escribano, Manuel Barona y Manuel Rico y Sinobas (siglo XX). Sin la intervención precisa de este último, quizá la conservación del manuscrito de María Josefa no habría sido posible.

La monografía ofrece una profunda y meticulosa investigación sobre María Josefa Bahamonde, una de las pocas mujeres reconocidas en el ámbito de la caligrafía del siglo XVIII. Como discípula del insigne maestro calígrafo y paleógrafo Francisco Javier de Santiago Palomares, Bahamonde desarrolló un estilo propio dentro de un campo tradicionalmente dominado por hombres. La obra no solo pone de relieve su destacada labor caligráfica, sino que también sitúa su legado en un contexto cultural y educativo clave para comprender el papel de la escritura en la España ilustrada.

El eje central del libro es el análisis del manual *Arte para aprender a escribir brevemente la letra bastarda española*. Uno de los méritos más destacados del libro es su capacidad para situar a María Josefa Bahamonde en el marco histórico y cultural en el que vivió. Se abordan aspectos como la presencia femenina limitada en el ámbito académico y artístico de la época, así como las dificultades que enfrentaban las mujeres para ser reconocidas como profesionales en campos tan especializados como la caligrafía. A pesar de estas barreras, Bahamonde no solo logró formarse como discípula de Santiago Palomares, sino que también consolidó su posición como calígrafa destacada,

dejando un legado que tanto los calígrafos coetáneos a ella como los posteriores, así como este libro, reivindican con justicia.

El contexto en el que se forma el manuscrito queda plasmado en el primer capítulo, donde se presenta el panorama de la lectoescritura en la España del siglo XVIII. El fenómeno, basado en el ideal ilustrado de la época, iba ligado a la enseñanza primaria (aunque solo se impartía a aquellos infantes cuyas familias gozaban de una economía y posición social alta). María Josefa Bahamonde es un ejemplo de ellos, pues en su caso recibió una enseñanza caligráfica personalizada, ya que en la segunda mitad del siglo aún estaba arraigada la enseñanza particularizada. Bajo estas circunstancias se publican numerosas obras en las que se plasma la importancia de la caligrafía en la instrucción femenina, como las de Aznar de Polanco u Olod. Los autores de estas obras inciden en la necesidad de aprender lectoescritura no solo por adorno, sino también por utilidad. Se pretende instruir el arte caligráfico y el aprendizaje de la escritura en ambos sexos.

El segundo capítulo está dedicado a Francisco Javier de Santiago y Palomares, el maestro de María Josefa. Sin lugar a duda fue un ejemplo de hombre ilustrado al estar su familia tan vinculada a dicho movimiento. Sus progenitores fomentaron que sus hijos adquiriesen formación en toda clase de saberes, de ahí que Palomares, ya desde niño, destacara en la producción de letras antiguas. En su caso, se vinculó profesionalmente al arzobispado de Toledo, donde ejerció de escribano mayor. Comenzó su carrera paleográfica instruido por Burriel, consiguiendo méritos paulatinamente como diversos cargos académicos que le otorgaron Fernando VI o Carlos III (Oficial de Contaduría General de Rentas Provinciales, ayudante en el Archivo de la Secretaría de Estado, académico de la Real Academia de la Historia y Archivero del Reino durante treinta y dos años, hasta su muerte). Entre sus obras el culmen lo representa su *Arte nueva de escribir* (1776).

Palomares fue discípulo de Pedro Díaz Morante, a quien atribuye la autoría de un arte para que los jóvenes aprendan a escribir y se deshagan de los malos hábitos escriturarios. Una particularidad de Palomares es que rechaza las aportaciones de los autores de su siglo, proponiendo instaurar un tipo de letra a nivel nacional. Incide en instaurar un único sistema de escritura para evitar resultados desastrosos sobre el papel, además de proponer cuál es el tipo de pluma ideal para conseguir ese ideal caligráfico.

La persona de María Josefa Bahamonde aparece reflejada en el tercer capítulo. A la hora de trazar un perfil biográfico de la calígrafa se toma como referencia la lámina 40 de la obra de Palomares, en la que se indica que la niña tenía 14 años cuando colaboró en la obra del maestro. Debería haber nacido entonces en 1761, lo que se confirmó con el archivo parroquial de la iglesia madrileña de San Sebastián, al encontrarse allí su partida de bautismo. Hija de José García Bahamonde y María Felipa Calvo, empleando la documentación del Archivo General de Indias se conoce que María Josefa era la primogénita de los seis hermanos nacidos de dicho matrimonio.

Para recrear el contexto paleográfico de María Josefa Bahamonde hay que remitirse primero al resto de discípulos de Palomares. Juan Rubel y Vidal, Pedro Paredes o Santiago Delgado fueron algunos de los principales. En el preludio de su *Arte Nueva*, Palomares indica que experimentó el método de escritura con María Josefa, al igual que hizo su mentor Pedro Díaz Morante con sus discípulos. Los resultados de la joven fueron tan exitosos que plasmaban la total capacidad de esta para destacar en la ejecución de caracteres gráficos españoles y extranjeros. Incluye el trabajo de María Josefa en su obra, la muestra n.º 40, para demostrar que este arte no estaba condicionado ni a edad ni a sexo. Tras ello se presenta a otros destacados maestros de María Josefa, los cuales completan el cuarto capítulo de la obra. Se expone la figura de Domenico Maria Servidori, reconocido paleógrafo que alude a la caligrafía de la joven cuando trata el carácter del buen aire en su obra *Escribir por reglas y con muestras... que incluye un tratado de aritmética y ortografía*, publicada en 1798. También se menciona a Mariano Carderera y Potó, pedagogo del siglo XIX, quien también elogia la caligrafía de María Josefa en su obra *Diccionario de educación y métodos de enseñanza*, publicada en 1883.

La producción caligráfica de nuestra protagonista también se refleja en obras publicadas ya en el siglo XX. Así figura en el quinto capítulo de esta obra, donde se esbozan las trayectorias de Manuel Rico y Sinobas, Emilio Cortarelo, Lucio Escribano y Manuel Barona, destacando los dos primeros. Manuel Rico y Sinobas escribió *Diccionario de calígrafos españoles*, obra en cuya página 15 se dedica una entrada a Doña Josefa Bahamonde. En esta cita se describe que era alumna de Palomares y se alude a ella como “Señora”. En su obra se menciona a otras féminas del ámbito caligráfico, aunque ya en el siglo XX será D. Rufino Blanco el que incluya a numerosas mujeres calígrafas al redactar el apéndice de la obra. Por otra parte, Emilio Cortarelo y Mori fue un filólogo, académico, cervantista y bibliógrafo español que también alude a María Josefa Bahamonde. En su obra ensalza la figura del niño prodigio calígrafo Manuel María de Ascargorta y Ramírez, pero remarca que no puede compararse con la impecable realización caligráfica de Doña Josefa Bahamonde. En otros términos, ensalza la perfección y profesionalidad de la joven, en cuyos trabajos se aprecia una óptima seguridad de pulso y fidelidad en la imitación de las obras de su maestro. No obstante, Cortarelo determina que la famosa lámina 40 de María Josefa no es su mejor elaboración en comparación a otras de sus producciones.

Una de las partes más interesantes de la obra se centra en el sexto capítulo, en el cual se aborda la custodia del manuscrito de María Josefa Bahamonde. Su manuscrito se trata de una obrita de 26 láminas apaisadas, casi todas copiadas de la obra de Francisco Javier Santiago y Palomares. Se produjo en 1776, cuando María Josefa Bahamonde contaba con 14 años de edad. En 1913, cuando Cortarelo edita su obra, él mismo se encarga de situar el manuscrito en el Museo Pedagógico Nacional. Este museo, hoy en día inexistente, fue promovido por la Institución Libre de Enseñanza y se encargó de editar un Boletín Pedagógico. El museo fue depositario de nutridas colecciones de materiales de enseñanza, en las que se encontrarían los manuscritos de María Josefa Bahamonde. Sin embargo, en 1941 se desestructuró el museo y su biblioteca. Todo su material fue trasladado al Instituto San José de Calasanz. Una vez desaparece este instituto, la biblioteca del antiguo Museo Pedagógico Nacional fue cedida por el CSIC a la Residencia de Estudiantes en 1987.

De igual manera, el séptimo capítulo revela información valiosa sobre el mismo. Se atestigua que realmente es gracias a D. Manuel Rico Sinobas que se conserva el manuscrito *Arte para aprender a escribir brevemente la Bastarda Española magistral inventada por Pedro Díaz Morante puesta en práctica y abreviada por María Josefa Bahamonde de edad de 14 años en Madrid*, pues junto a él se conserva una nota que indica que fue quien lo regaló a la biblioteca en el año 1884.

Con todo el material que atesoraba en sus diversas colecciones, Rico y Sinobas llegó a participar en grandes eventos como la exposición celebrada en el Museo de Kensington (Londres). En el archivo del museo se depositó una colección de muestras caligráficas que a principios de siglo donó Manuel Rico formada por el material utilizado en la fase de aprendizaje de los calígrafos aspirantes a maestros. En ella se encuentra este manuscrito.

En cuanto a su estructura, el opúsculo presenta dos sellos en tinta en la portadilla, en la que aparece el título de la obra, el nombre de la autora y su edad y la data tópica y cronológica. El prólogo comprende dos páginas y en él María Josefa Bahamonde glosa el pensamiento del maestro Morante, citando las pautas a seguir para obtener una buena realización caligráfica. Por último, figura el grueso del manuscrito, las láminas en cuestión, siendo un total de veinticuatro láminas. Todas ellas están expuestas en el octavo capítulo, que se encarga de la reproducción facsimilar del manuscrito completo. La temática de cada una de ellas es distinta, siendo gran parte de ellas la representación caligráfica del alfabeto y grupos de letras. Hay láminas con otras temáticas, como una loa a Pedro Díaz Morante o sentencias en diferentes tipos de letra, cuyo origen y tradición pedagógica la autora intenta sistematizar. Cabe destacar la aparición de sentencias en otras lenguas (como el francés y el holandés), lo que está ligado al despliegue de la enseñanza de lenguas extranjeras en el siglo XVIII.

En definitiva, la monografía de Alicia Marchant Rivera presenta el gran interés de dar a conocer a una calígrafa cuya obra y trayectoria profesional ha sido hasta ahora poco conocida. La obra no solo rescata del olvido a una figura pionera en la caligrafía española, sino que también reflexiona sobre el contexto histórico y social en el que desarrolló su arte. Con un enfoque riguroso y profundamente documentado, el libro no solo reivindica la labor de Bahamonde, sino que también destaca la relevancia de la caligrafía como disciplina artística, técnica y pedagógica en el siglo XVIII. No se puede obviar lo ilustrativa que es la obra pues, además de estar bien documentada, toda la información que presenta está respaldada por los recursos gráficos y archivísticos a los que se alude.

La obra invita a los lectores a valorar la importancia de las contribuciones de las mujeres a la historia cultural, a menudo relegadas en un ámbito predominantemente masculino, y a reflexionar sobre la evolución de la enseñanza y la práctica de la escritura. Con esta publicación, la autora rinde un justo homenaje a una de las primeras mujeres en dejar huella en el ámbito caligráfico, logrando que su legado trascienda generaciones. Sin duda, es una lectura indispensable para quienes deseen profundizar en la historia de la escritura, la educación y el papel de las mujeres en las artes y las disciplinas del pasado.